

apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo zelo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos. Acompañaban á sus apostólicas fatigas todo género de bendiciones. Despoblábanse las ciudades para salir á recibirle, y de ninguna salía sin que todo mudase de semblante. Seglares, comunidades religiosas y clerecía, todos participaban de sus benignas influencias. Convirtió un sin número de herejes, particularmente de husitas; confundió á Rochysana, cabeza de esta secta, y reconcilió con la Iglesia un prodigioso número de cismáticos. Anunciaban su arribo á los pueblos los sermones y las visitas de los hospitales, siendo el fruto las milagrosas conversiones que hacia en todas partes. Estuvo para costarle la vida esta larga y peligrosa expedición, no solo por los inmensos trabajos que padeció, sino tambien por el veneno que en dos ocasiones le dieron los herejes, de que el cielo le libró con protección particular. Dilatóse tambien su zelo en beneficio de los judíos, cuya terquedad no pudo resistir á la caridad de un apóstol tan poderoso en obras como en palabras. En fin, si los turcos, aquellos mortales enemigos del nombre cristiano, cerraron obstinadamente los ojos á las luces de la fe, que en todas partes esparcía nuestro Santo, se vieron por lo menos precisados á rendirse á la eficacia de sus oraciones.

Mahomet II, terror de la Europa y azote de Dios para castigar las culpas de los cristianos, amenazaba á toda la cristiandad por la superior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y habia tomado mas de doscientas ciudades, cuando vino á poner sitio á Belgrado el año de 1456 con un poderoso ejército, que orgulloso y fiero con sus continuadas victorias, nada menos se prometia que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el mismo capitolio de Roma. A un poder tan formidable se creyó no podia oponerse resistencia mas vigorosa que la virtud de S. Juan Capistrano, y así le nombró el papa por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fué como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las fuerzas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vauvoda de Transilvania, y de Jorge déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temia poco á todos aquellos principes coligados; pero no conocia aun la poderosa virtud de S. Juan Capistrano, á quien el cielo habia puesto á la frente del ejército cristiano. Llegaron á las manos los dos ejércitos, y empuñando Juan en las suyas un Crucifijo, fué corriendo con él to-

das las líneas, y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos. Inspiró la presencia de nuestro Santo tanta confianza y tanto ardimiento á los cristianos, que desde el primer ataque fué derrotado el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas hechas pedazos. Fué completa la victoria, al fin como milagrosa; y no solo todos los principes, sino toda la cristiandad reconoció haberse debido al zelo, á las oraciones y á la virtud de nuestro Santo, que habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fué muy luego á triunfar en el cielo, y á recibir en él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque habiéndose retirado al convento de Vilak, cerca de Sirmich en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses despues de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbaridad de los turcos, no se libertó de la impiedad de los luteranos. Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los católicos, los cuales le llevaron á Elloc cerca de Viena en Austria, donde se conserva religiosamente el dia de hoy, honrado con mucha devocion de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros de ellos. Beatificóle el papa Leon X el año de 1690, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII.

*Nota del Traductor.*

«Así dice la cuarta edicion del original que se tiene presente, y es la que se hizo en Leon el año de 1741; pero es clara la equivocacion. Leon X no ascendió al pontificado hasta el año de 1513, y murió en el de 1521. Equivocóse la data de la beatificacion con la de la canonizacion; y así se debe decir: *Beatificóle el papa Leon X y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII el año de 1690.*»

**SAN SERVANDO Y GERMAN, MÁRTIRES.**

UNA de las naciones del mundo en que la religion cristiana ha sido confesada con mas valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En ella hallaron los tiranos su confusion y su vergüenza, viendo vencida su crueldad, unas veces por los ino-

centes niños, otras por delicadas doncellas, y casi innumerables por los esforzados varones. Entre éstos tienen un lugar muy distinguido S. Servando y German, cuyo glorioso martirio celebra la Iglesia de España en este día. Ignórase cual fué su patria; bien que, según los breviarios Eboracence y el Hispalense antiguo, se dicen naturales de Mérida; y por su testimonio, y otras varias circunstancias que constan de sus actas, es esta opinión la que parece mas probable y verosímil. Sus padres son igualmente inciertos; porque aunque el breviario de Eborá, de Resende, el Palentino y muchos escritores los hacen hijos de san Marcelo centurion, contándolos entre los doce hijos que se le atribuyen á este Santo, no hay documento positivo que lo convenza, y aun lo contradicen algunas circunstancias de sus actas. De estas consta que eran de familia noble y esclarecida, y que á lo ilustre de su sangre juntaron la gravedad é inocencia de costumbres. Esta era tal, que aun en los años de la juventud, en que el fuego de las pasiones está mas vivo, y por lo tanto suelen declarar las obras, mas fácilmente que en otra edad, la corrupción de la naturaleza, los Santos se portaban de tal modo, que cuantos los miraban advertían en ellos una conducta de ancianos virtuosos. Esto seria todavía mas admirable, si como sienten algunos siguieron la milicia; pues es bien sabido que entre el estrépito y licencia de las armas suele hallar difícil acogida la virtud. Siendo de edad adulta, y teniendo los conocimientos necesarios para percibir la vanidad del paganismo y la sólida firmeza de los preceptos del Evangelio, determinaron hacerse cristianos, para ser en la milicia de Jesucristo soldados fuertes, que defendiesen su sacrosanto nombre contra los ejércitos de las infernales potestades. Instruidos suficientemente en los misterios de la religion sacrosanta, recibieron el sagrado bautismo, haciendo juramento á Dios delante de los altares de serle eternamente fieles. Este juramento le cumplieron de tal modo, que su fe no era aquella estéril y vana que se queda en solas palabras, sino aquella sólida y fructuosa á quien las obras vivifican. Debieron llegar á un grado de perfeccion en la vida cristiana, no de aquellos comunes y vulgares, sino de los mas elevados y heroicos, como lo manifiesta el haber resplandecido en la gracia de hacer milagros. Porque aunque es verdad que esta gracia no supone en el sugeto que la tiene una santidad necesaria, de la cual esencialmente se derive, tambien lo es, que Dios no acostumbra dispensar semejantes gracias sino á los fieles de una virtud muy perfecta; y en esta persuasion está la Iglesia cuando para la canonizacion de los santos exige que sus virtudes hayan sido con-

firmadas por Dios por algunas maravillas. Los Santos, pues, hacian diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y además dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenían embargados.

Por aquel tiempo, que según la conjetura mas prudente fué en fin de la persecucion de Aureliano, padecieron varios españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecían, y tenían en sus manos el poder. Como Servando y German resplandecían entre los demás cristianos por la santidad de sus costumbres y por los frecuentes milagros con que Dios los hacia maravillosos, llamaron fácilmente hácia si las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y pidiéndoles razon de su profesion y su conducta, confesaron con valor que adoraban un solo y verdadero Dios, y á su hijo Jesucristo, el cual por redimir al mundo de la servidumbre del pecado, se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz: que abominaban con todo su corazon á los ídolos, que no eran otra cosa que obras de hombres, sin poder, ni actividad para cosa alguna, sino para mantener á sus necios adoradores en una ceguedad desventurada. Esta respuesta irritó la cólera del juez infernal, y creyendo que podria hacerlos mudar de parecer por medio de los tormentos, dió orden de que se les aplicasen los mas crueles y esquisitos. Cooperó á esto tambien el reconocer en ellos mas adhesion á la religion que profesaban, y que los demás cristianos los reconocian por superiores. Ejecutóse el decreto, y aunque no se sabe cual fué determinadamente el modo con que fueron atormentados, se infiere de las espresiones de sus actas, que fueron suspendidos en el ecúleo, en donde les descuyntaron todos los miembros. Este tormento seria suficiente para privar de la vida al mas robusto; pero Dios, que se complacia en ver pelear á sus esforzados confesores, se la conservó milagrosamente para que ensalzasen su nombre con mayores victorias. Sin embargo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia; y así los mandó volver á la cárcel, cargarlos de grillos y cadenas, y atormentarlos con hambre y sed. Nada bastó para contrastar el heroico valor de los siervos de Jesucristo. Los tormentos, la hambre, la sed y horror del calabozo, no sirvieron de otra cosa que de hacer mayor su victoria y mas vergonzoso el empeño del tirano. Cuando los Santos estaban en la cárcel, cesó la persecucion; fuese esto por mandado del emperador, ó porque en aquella determinada ciudad sucedió otro

pretor de menos crueldad, y de mas indiferencia, respecto de los decretos imperiales; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les habia de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religion, salieron libres Servando y German mas atormentados que los demás; pero tambien con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por sí mismos todas las astucias del infierno, sino tambien para confirmar á los demás en la santa religion que habian profesado. Ningun aprecio les merecia su propia conveniencia, y solo estimaban la vida temporal para poder hacer de ella sacrificio á Dios, por el cual les galardonase con la vida eterna.

A este efecto practicaban cuantas diligencias podia dictar la caridad mas activa y el zelo mas abrasado. Recorrian la ciudad por todos sus barrios, y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuanta necesidad era colocar en ellos sus esperanzas, llevaban á mayores empresas sus designios. Persuadian á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares sagrados que tenian en los bosques, en donde ejercitaban su supersticion. El fin de unas obras tan grandes, y al mismo tiempo tan atrevidas, era arruinar por una parte los sitios en que se alimentaba el error, y por otra abrir los ojos á aquellos miserables, trasladándolos del error á la verdad, de la muerte á la vida, y de unas funestas tinieblas á la clarísima luz de Jesucristo. Los efectos correspondieron á la actividad y eficacia de la causa y al sublime fin que daba á los Santos valor para acciones tan arriesgadas. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron tambien á éstas, movidos altamente de que habiendo visto que Servando y German tiraban contra el suelo y destrozaban los simulacros, ellos ni se habian quejado, ni habian hecho venganza alguna contra los siervos de Jesucristo: de esta manera se aumentaba prodigiosamente el número de creyentes, pues de todas partes concurrían inmensas tropas á la Iglesia de Dios, confesaban á Jesucristo, y pedían la espacion de sus pecados.

A esta sazón ya el comun enemigo habia movido cruelísima persecucion contra los cristianos, que, segun se puede conjeturar, fué la de Diocleciano. Habia en Mérida un vicario imperial, llamado Viator, el cual tenia el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo, y de procurar retraerlos,

ó esterminarlos con los suplicios mas horrorosos. Llegó éste á saber fácilmente como Servando y German habian estado antes presos y atormentados por seguir la religion prohibida por decretos imperiales; que habiendo sido echados de la cárcel, lejos de corregirse con el castigo, habian seducido á infinitos gentiles, y habia llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses y hacer pedazos sus simulacros. Semejantes acusaciones encendieron en ira al juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prision para que ofreciesen incienso á los dioses, ó perdiesen las vidas con los mas exquisitos tormentos. Cumplióse el decreto del presidente; y habiéndolos puesto presos, volvieron á afligir sus sagrados cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente habian experimentado. Los ponen en el ecúleo, escarnifican sus sagrados miembros con uñas de hierro, y corren por todas partes los arroyos de sangre; pero los Santos se mantenían inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesion de la fe, que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Diósele noticia de esto al juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos mártires, y falto de consejo no sabia de qué modo satisfacerla. Por una parte quisiera ejecutar en ellos el estremo de su severidad, esterminando una vida que le era tan enojosa; pero por otra parte contemplaba, que estando los Santos muertos no podrian servir de objeto á su furor, ni cebar en ellos su encono. Con tanta delicadeza discurre una furia infernal cuando el diablo llega á cegarla, y á sugerir artificios para su mayor encarnizamiento.

Prevaleció en el juez aquel pensamiento que denotaba mayor protervia en su alma y crueldad la mas parecida á la de los espiritus infernales. Persuadido á que una de las circunstancias que hacen mas terrible un tormento es la de su lentitud y duracion, adoptó el partido de reservar á los Santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera, y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que les echasen argollas de hierro al cuello, y que atasen con esposas sus manos, y de este modo los metiesen en un oscuro y fetido calabozo, en donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto tuvo Viator necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecia entonces al gobierno civil de España; y queriendo que el martirio de Servando y German aterrara á los demás cristianos, mandó que atados con cadenas de hierro los trajesen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás habia sugerido al tirano para quebrantar, si

fuese posible, la firme constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los mártires y en grande provecho de la Iglesia. No eran solos Servando y German los que padecian por la fe de Jesucristo; padecian como ellos los trabajos de aquella prision, el peso de las cadenas, el horror de los calabozos, la aspereza de los caminos, la impiedad de los soldados imperiales, la hambre, sed y cansancio, otros muchos á quienes el inicuo tirano habia mandado llevar atados con cadenas para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte, y estaban poseidos de tristeza viéndose en penas tan amargas; por el contrario, Servando y German tenian henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espíritu Santo en los que con firmeza de fe confiesan á Jesucristo. Entre tanto llegó el presidente á la jurisdiccion de Cádiz, y habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habian pasado en el camino no habian producido otro efecto que hacer mas notoria su constancia, dió sentencia de que fuesen degollados. Sacáronlos, pues, á un collado cercano de Cádiz, llamado *Ursoniano*, y habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas Servando y German, y con voz sumisa hicieron oracion á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Dieron el golpe los verdugos, con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los cristianos, cuidadosos de que no pereciesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlas á las manos, y sepultarlas en lugares honoríficos. Segun el misal y breviario de san Isidoro el cuerpo de S. Servando fué enterrado en Cádiz, y el de S. German llevado á Mérida, en donde con el tiempo fué colocado al lado de Sta. Eulalia y otros muchos mártires, cuyos despojos posee aquella dichosa ciudad. No se sabe en qué año fué trasladado el cuerpo de S. Servando; pero lo cierto es, que lo fué á Sevilla, y colocado en el cementerio entre Sta. Justa y Sta. Rufina. Aunque es creible que inmediatamente, despues de su passion, fuesen venerados por santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devocion por poseer el cuerpo de S. Servando, y una grande reliquia de S. German su compañero. Mérida los celebra, y tiene por sus abogados y patronos; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostracion de gratitud, recibéndolos por patronos, y obligándose á guardar su festividad como dia de precepto en memoria de haber sido regada su tierra con su preciosa sangre.

*La misa es en honra de S. Juan Capistrano, y la oracion la que sigue:*

O Dios, que cada año nos nuevo nacimiento á la gloria, alegras en la solemnidad de tu imitemos tambien la vida que confesor el bienaventurado Juan hizo en la tierra. Por nuestro Capistrano, concédenos benigno Señor, etc.

*La Epistola es del cap. 31 del Eclesiástico, y la misma que el dia vi, pág. 112.*

### REFLEXIONES.

*Publicará sus limosnas toda la congregacion de los santos.* Puedense entender por la palabra *limosnas*, no solo las que los ricos hacen á los pobres, sino tambien todas sus buenas obras, particularmente los frutos de su zelo; en cuyo sentido puede convenir esta promesa á todos los santos de cualquiera condicion que sean. El verdadero zelo tiene por principio al puro amor de Dios; pero el zelo falso no tiene origen tan puro: prodúcele el amor propio, el orgullo y el espíritu de parcialidad. El falso zelo no es mas que una máscara con que se cubren las pasiones. Grande error es imaginar que el zelo consiste en meter mucho ruido, en dar á los demás admirables lecciones de virtud y de reforma, en estar en una agitacion, en un movimiento continuo, trabajando en la salvacion de las almas. Es menester que á las palabras acompañen los ejemplos; que la virtud ejemplar del hombre zeloso sea la primera leccion que se dé, y la primera máquina que se mueva para ablandar los corazones. Sin esto es mucho de temer, que lo que se llama zelo sea en realidad no mas que un mero derramamiento hácia fuera, un impetu, una actividad natural, que solo atiende á satisfacerse á sí misma en un empleo ruidoso en que quiere sobresalir, porque en él se gana la confianza de muchas gentes, da estimacion y lisonjea grandemente al amor propio. Lo que en esto suele enganar tambien mucho, es la elocuencia, el talento y tal vez la mocion con que se habla de los puntos de espíritu más sublimes, de las materias místicas más elevadas. Un hombre capaz y de penetracion fácilmente descubre todas los diversos caminos de la perfeccion cristiana, comprende todas sus obligaciones; y por poco instruido que esté en las máximas del Evangelio, le es fácil saber lo

que una alma ha de evitar, y lo que debe hacer para arribar á la mas elevada perfeccion. De aquí nace aquella sagacidad con que descubre los mas mínimos defectos en los otros; aquel cuidado en no sufrir la mas ligera imperfeccion en las almas que dirige; aquellos consejos espirituales, eficaces, vivos y patéticos, que encienden el corazon de los otros sin calentar el suyo, porque en él no nacen de la voluntad, sino del entendimiento. Grita fuertemente contra el vicio, y desenvuelve maravillosamente todos los artificios del corazon humano. Un hombre hábil penetra toda su malignidad, y se deshace en declamaciones, en invectivas contra el pecado y contra el pecador. Esto es lo que harto comunmente se llama zelo. Pero si á este zelo no le anima la caridad; si es una espiritualidad de mera especulacion; si solo es habilidad y talento; si acaso habla de nosotros el Salvador, cuando dice: *Haced lo que ellos os dijeren, pero no hagais conforme á sus obras; porque dicen, y no hacen*: ¿nos podremos lisonjear de nuestro zelo? *æs sonans, aut cymbalum tinniens*. ¡Cosa bien estraña es, que en materia de salvacion se sepa decir á los otros lo que deben hacer, y el que da á los demás tan bellas y tan importantes lecciones no haga él mismo lo que dice! Un hombre que en todo y por todo anda buscando eternamente sus conveniencias; un hombre que en materia de sensualidad, de delicadeza y de regalo, atormenta el discurso y adelanta la ejecucion hasta el último refinamiento: que este hombre, digo, tenga valor y cara para reprender en otro con zelo y con fogosidad un simple descuidillo del amor propio, una ligera satisfaccion: que el que es esclavo de todas las pasiones tenga aliento para hacer no solo visibles, sino palpables las funestas consecuencias que se siguen de perdonar á una sola; ¿esto qué será? ¿cómo lo llamaremos? Si esta no es monería, si esta no es farsa, si esta no es comedia, si esta no es impía, escandalosa irreligion, ¿qué cosa lo será? ¿y en qué ha de venir á parar esta irreligiosa escena? ¡Cuántos llantos, cuántos lamentos habrá de costar su fin!

*El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia vi, pág. 114.*

#### MEDITACION.

*De las falsas máximas del mundo.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que siendo tan opuesto el espí-

ritu del mundo al espíritu de Cristo, y no teniendo Cristo mayor enemigo que el espíritu del mundo, no debe causar admiracion que las máximas del uno sean tan contrarias á las máximas del otro, ni que los gustos sean tan diferentes. Pero lo que debe aturdir á todo buen entendimiento es, que el mundo tenga mas secuaces que el Salvador del mismo mundo; y que conviniendo todos en que las palabras de Cristo son palabras de vida eterna, sea tan poco seguida su doctrina, al mismo tiempo que las máximas del mundo reinan y dominan en todas partes. Porque vamos claros: ¿dónde no reinan con imperio la ambicion, el interés y el amor de los deleites? ¿dónde no es mirada con desprecio la cruz de Jesucristo? ¿dónde no es oida su doctrina sobre la abnegacion de sí mismo con horror y con disgusto? ¡Ah, que hoy solo se le considera al mundo como el teatro, como la region de los placeres! en él reinan como tiranas las pasiones; la humildad cristiana está desterrada de él. Entre los mismos azotes con que cada dia está castigando Dios á los mundanos, en medio de tanta multitud de desgracias como los hacen gemir, ¿se corrige mucho el mundo? ¿pierde por ventura mucho de sus falsas brillanteces? ¡Ah, mi Dios, la profanidad se sustenta hasta de los mismos despojos, y léjos de quedar enterrada la concupiscencia entre las ruinas de una fortuna abatida, renace con mayor viveza de su mismo abatimiento! ¿En qué edad, en qué condicion, en qué estado se proponen las máximas de Jesucristo por regla de conducta? ¿qué lecciones se dan de esto ni por los padres ni por los maestros? ¿qué instrucciones se presentan, ni con qué ejemplos se alientan?

Hoy no se usa otro idioma que el puramente mundano; ni la vida que se hace es mas cristiana que el lenguaje. Tanto las conversaciones serias como las domésticas y las familiares, las lecciones de buena crianza, lo que se llama trato del mundo, gentes de bien, y hasta la misma educacion que se da á la juventud, todo tira y todo rueda sobre las máximas del mundo; las del Evangelio son tan poco conocidas, se toma tan poco gusto á ellas, tienen tan poca autoridad con las gentes del mundo, que parece están como proscritas de él. ¡Mi Dios! ¿á qué se reduce hoy en el mundo nuestra fe? ¿y dónde hay mayor contradiccion que la de nuestra fe y nuestras obras?

PUNTO SEGUNDO. — Considera seriamente y con atencion las siguientes máximas mundanas, sin que para conocer su disonancia sea menestar apelar á otro tribunal que al de la razon. El que vive en el mundo (se dice) ha de hacer lo que hacen los demás;

y quiera Dios que esta perniciosa máxima no esté tambien introducida en los claustros religiosos; donde frecuentemente es mayor el número de los imperfectos. *Ha de hacer lo que hacen los demás*: esto quiere decir, se ha de dejar arrastrar aturdidamente, servilmente, como un esclavo vil de la muchedumbre, sin darle cuidado de no saber adónde va, y aun estando prudentemente cierto de que se descamina y se pierde. Dése otro sentido mas natural á esta máxima tan comun. Pero de buena fe: ¿es juicio, es prudencia seguir á ojos cerrados tales guias? ¿es puesto en razon entregarse al humor, al capricho y á las pasiones de los otros? Y si estos otros hacen mal, ¿por qué hemos de hacer lo que hacen los otros? ¿por ventura se discurre así en las demás materias, que no tocan á la religion y á las costumbres? Si los otros estragan la salud con sus desórdenes y con sus excesos, ¿hay acaso muchos locos que digan, *es menester hacer lo que hacen los demás*? Si los otros se arruinan en el comercio por sus temerarias ideas, emprendiendo proyectos quiméricos en los negocios, ¿hay comerciante tan necio que infiera debe hacer lo que los otros, aunque estos fueran en mucho mayor número? ¿Qué imprudencia, qué estravagancia, qué insensatez seria seguir una tropa de hombres embriagados que se van á precipitar, para precipitarse con ellos! Pues ves ahí puntualmente lo que significa esa ridícula máxima, tan autorizada el dia de hoy, y tan comun en el mundo: *Es preciso hacer lo que hacen los demás*. Es decir, que es preciso condenarse tranquilamente como se condenan los otros; que es preciso entregarse cada cual á sus propios deseos; dejarse arrastrar de sus pasiones; no consultar otra cosa que sus intereses; vivir únicamente para divertirse y para hacer fortuna, porque así lo hacen los demás. Es decir, que es preciso pasar toda la vida en un profundo olvido de Dios y de la salvacion; que es preciso dilatar para el fin de la vida una conversion imaginaria, y morir como mueren los demás, atónitos y desesperados por no haberse convertido.

No permitais, Señor, que sean inútiles para mí unas reflexiones tan justas y tan saludables, que debo puramente á la bondad de vuestra infinita misericordia. Conozco toda su solidez, toda su importancia y todas sus consecuencias. Haced, divino Salvador mio, que jamás miré yo á los que os desagradan y se pierden; pero en caso de que quiera hacer lo que hacen otros, me proponga por modelos á los que os aman y os sirven, cuidando de su salvacion.

JACULATORIAS. — Apartad, Señor, mis ojos de todos los que siguen la vanidad. (*Psal. 118.*)

¿Quién Señor, tomará el gusto á vuestras sagradas máximas, si vos no le comunicais aquella sabiduría que descubre su valor y su importancia? (*Sap. 9.*)

### PROPOSITOS.

1 Cuando se consideran seriamente y á sangre fria las máximas del mundo, no es posible concebir como un hombre de juicio no descubre su error y su ridiculez, ni cómo es posible que un hombre cristiano no las mire con horror. Examina hoy la máxima que acabas de meditar. ¿Cuántas veces has delinquido solo por seguir esta perniciosa máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás*? Si asististe á espectáculos profanos; si te dejaste llevar de la moda y de la profanidad á costa de tu familia y de tu conciencia; si concurriste á partidas de juego, á comidas, á festines, escollos de la inocencia, ¿no fué por acomodarte á esta máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás*? Y si has sido irregular, indevoto en tu religiosa comunidad, ¿no fué porque quisiste hacer lo que hacian los otros, esto es, los imperfectos? Pues condena desde luego con dolor esta lastimosa conducta.

2 Resolvede hoy mismo á hacer lo que hacen otros; ¿pero quiénes? los que son verdaderamente cristianos y hombres ejemplares: sin salir de tu mismo estado encontrarás grandes modelos. Dí animosa y resueltamente, que si es preciso hacer lo que hacen los demás, quieres seguir á los que hacen lo que deben, á los que viven bien. Proponte por modelos á los mas fervorosos, á los mas regulares y á los mas devotos. Pero al mismo tiempo que tomas para tí esta santa máxima, incúlcala frecuentemente á tus hijos, á tus criados y á tus amigos. Esto es de grande importancia.

### DIA XXIV.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX, obispo en Africa, AUDACTO Y GENARO, presbíteros, FORTUNATO Y SÉPTIMO, lectores, en Venosa en la Pulla; los cuales en tiempo de Diocleciano, por orden de Magdeliano su procurador despues de haber sido por largo tiempo molestados con cadenas y cárceles en Africa y en Sicilia, como Felix insistiese en no querer entregar los libros sagrados, segun estaba mandado por un edicto imperial, por último fueron degollados.